**CAPITULO I**

Corría el año de 1965. Aquel 23 de abril, festividad de San Jorge, Patrono de Inglaterra, la mañana se había despertado con la neblina acostumbrada. No parecía que pudiera levantar en el transcurso del día. Era muy temprano y poca gente circulaba por las calles de la vieja ciudad. A lo lejos se oía una sirena que en su precipitada carrera iba sembrando la inquietud en los vecinos residentes en las casas que iba dejando atrás. Algunos se asomaban a las ventanas, porque temían que se hubiera producido un nuevo asesinato.

En aquellos últimos meses la ciudad estaba algo inquieta porque dos crímenes se habían cometido dentro de un radio de acción muy limitado. En las callejas de Withoutland*,* viejo barrio londinenses, ya no se vivía con plena tranquilidad. Algunos, los más viejos, rememoraban los crímenes cometidos en tiempos, muy lejanos ya, pero que la prensa se apresuraba a divulgar, cuando nuevos delitos se producían en este barrio.

Había una gran intranquilidad entre los vecinos porque el recuerdo de Kurt *the Bloodthirsty*, atormentaba a los ciudadanos más longevos. El solo recuerdo de volver a las pasadas épocas en las que se cometieron los peores crímenes conocidos hasta la fecha, hacía que los ciudadanos se sintieran algo inquietos. La última década cuando las prostitutas ya no estaban seguras en las callejuelas del viejo mercado, hacía presagiar que un imitador quería ocupar el puesto de Kurt, olvidado ya en las páginas de todos los matutinos.

Corrían tiempos difíciles durante los cuales la gente solo quería conseguir un trabajo y dedicarse a sus familias; pero nunca la tranquilidad era completa. Ahora que empezaban a crearse puestos de trabajo por la instalación de fábricas en las afueras de Londres, no parecía que la atención policial estuviera por la labor de dejar que los delincuentes escaparan de la ley.

Cuando se produjo aquella primera muerte, la gente pensó que podía tratarse de algún loco que ese día se había levantado con el pie izquierdo; pero no era así. Aquel hecho no iba a ser un incidente aislado, porque el tipo que cometió aquel salvaje asesinato estaba decidido a que su nombre se grabara en las páginas de todos los diarios para que perdurara después de su muerte.

La policía londinense tomó nota del hecho en el que un individuo que pudo ser identificado como un mendigo, que se aposentaba en las cercanías del río Támesis, correspondía al cuerpo que tenían tirado sobre el asfalto. El indigente iba ataviado solo con una vieja gabardina atada a la cintura con un cordel de una vasta soga. Cuando se procedió al levantamiento del cadáver por el equipo forense, vieron con cierto asombro que aquel individuo no tenía ninguna otra prenda de ropa bajo la gabardina. En un primer momento se pensó que se trataba de un arreglo de cuentas entre mendigos, porque las reacciones de este grupo de personas, puede llegar hasta extremos inimaginables, por la pérdida de la menor de sus propiedades.

Pero ante el segundo asesinato en el que las circunstancias del muerto eran las mismas que las del mendigo del río, el asunto se pasó a Scotland Yard, que empezó a preocuparse entendiendo que se trataba de algo mucho más serio. Las coincidencias en las que se presentaba este segundo asesinato eran claras muestras de que alguien estaba decidido a seguir por ese camino si no se le cortaba el paso con la mayor urgencia.

El primer mendigo encontrado muerto fue considerado como algo habitual entre aquella gente que vive de lo que puede y que a veces se sale de la ley, para poder seguir viviendo. Pero la muerte del segundo indigente no debería ser habitual, por lo menos, en los últimos tiempos que recordaba la historia. Alguna prensa rápida en ocupar los primeros puestos en la información que debían dar a los ciudadanos se apresuró a difundir similitudes con otros crímenes ocurridos mucho tiempo atrás y que se dejaron de investigar porque no había ninguna prueba que llevara a un destino fiable. Pronto todos los diarios de la mañana, así como los de la tarde convergieron en hacer de esa noticia la más importante de toda la publicación que debían plasmar en sus páginas cada día.

Por eso se manejaban noticias en las que lo que estaba pasando actualmente era una copia de lo ocurrido en los primeros años del último siglo y que se atribuyeron a un personaje al que tuvieron que poner nombre debido a la brutalidad de los asesinatos, quedando para las páginas de la historia como Kurt *the Bloodthirsty.*

Los policías del Departamento de Homicidios no creían que pudiera tratarse de un caso que fuera a seguir la misma ruta que lo hiciera el asesino de las décadas pasadas. Bien cierto es que la presentación de los cadáveres era muy parecida a los que quería imitar el psicópata actual, pero había un detalle que se escapaba al control de la prensa para que desistieran de considerarlo algo similar a los asesinatos de Kurt. Y aunque la policía no estaba dispuesta a dar esa información a los carroñeros de los diarios, empezó a impacientarse porque sí que podría crearse la alarma ante la población.

Las investigaciones que realizó Scotland Yard sobre estos dos asesinatos, les ocupó un par de semanas en las que pudieron descubrir que el causante de aquellas muertes había sido uno de los mendigos que deseaba hacerse con los lugares en los que dormitaban aquellas dos personas. Pero no fue muy comentado por la prensa, porque lo que ésta quería era crear la alarma de inseguridad entre los ciudadanos y la noticia de la captura del asesino no era lo más relevante para que coincidiera con sus intenciones.

La policía de la City tenía ya entre rejas al maleante que se había dejado llevar por sus más bajos instintos para conseguir una miserable casucha en la que poder resguardarse de la inclemencia del tiempo londinense.

Fue una más de las truculentas historias que se daban entre este tipo de gentes que se hacinaban en los lugares menos favorecidos que podía ofrecer la ciudad de Londres.

Con la captura de este mendigo la policía de Scotland Yard se sintió más tranquila al alejar de sus sospechas la existencia de un nuevo asesino como el que recordaban de las décadas pasadas.

\*\*\*

Cada mañana, cuando la prensa asomaba a los quioscos para ser repartida entre los ciudadanos, alguien, desde su ventana observaba a la tienducha que había bajo su casa, para ver la impresión que causaba a los que adquirían los matutinos. Pasaba mucho tiempo apoyado en el quicio de su ventana, con una sonrisa entre los labios que le hacía sentirse como un reyezuelo que está por encima de todo. Luego, cuando cansado de aquella vigilancia, se retiraba hacia el interior de la vivienda, empezaba a dar vueltas por aquella sucia habitación, en la que no había ni una sola cosa en su sitio; se dirigía a la cocina y se preparaba un desayuno con cereales y un café poco fuerte porque ya era la tercera vez que lo calentaba en aquel puchero de porcelana.

Satisfecho de su hazaña, se tomaba tranquilamente el desayuno y bajaba hasta el quiosco para comprar el diario de aquel día. Luego paseaba con el periódico bajo el brazo por la calle que enfilaba hacia la avenida principal en la que el bullicio de la gente le hacía sentirse un ser anónimo, que paseaba despreocupado, sin que los viandantes que circulaban a su lado pudieran darse cuenta de la maldad que escondía su interior. Con gran desfachatez, solía saludar a alguno de sus vecinos con los que se cruzaba, esbozando una sonrisa que parecía ser sincera pero que, en el interior de aquel individuo, estaba cargada de odio.

—Buenos días agente — dijo al cruzarse con el bobby que se ocupaba de vigilar la manzana en la que tenía él su vivienda.

El agente se limitó a hacer un gesto de saludo llevando la mano derecha hacía la visera con la que se cubría. Luego, viendo alejarse a aquel tipo, el poli, le siguió con la mirada hasta que desapareció doblando una esquina.

Smith, que era como se llamaba aquel joven policía, llevaba poco tiempo en el cuerpo y no pasaba de los 26 años; no acababa de comprender a aquel tipo que cada mañana se paseaba por los lugares que él controlaba vigilando la manzana de viviendas que le tocaba en suerte. No había tenido que acudir en auxilio de ningún incidente en los pocos meses que llevaba de servicio en el cuerpo, porque solo se había dedicado a ayudar a alguna persona imposibilitada para cruzar la calle y acercar sus bolsas de la compra hasta su portal. No tenía mucha experiencia en reconocer a los malvados que se difuminaban entre las gentes de bien, como si fueran transparentes, pero sí sabía lo que tenía que hacer en caso de que saltara una alarma o sonara el pitido del silbato de algún colega, que no se encontrara muy lejos de lugar donde él paseaba cada mañana.

El joven policía vigilaba las calles que tenía asignadas, y lo hacía con el ánimo elevado, pensando en que no había otra mejor manera de servir a la comunidad que estar pendiente de las necesidades cotidianas que tuvieran sus conciudadanos. Se paró en aquel portal, que ya estaba arreglado, para revisar si la obra que se había iniciado unos meses antes estaba bien terminada. Recordaba aquella casa que se caía de vieja y que era una tortura el poder abrir el portón, por la señora mayor que vivía en el tercer piso. En más de una ocasión, Smith tuvo que subir aquellas escaleras acompañando a la anciana mujer, para llevarle la compra hasta su planta, porque la veía cansada después de su paseo hasta la tienda, a la que acudía algún día de la semana para comprar los alimentos que necesitaba.

Aquella mañana en la que la espesura de la niebla no dejaba ver lo suficiente como para no chocar con algún jovenzuelo que circulaba en bicicleta por la acera, Smith de mantenía alerta a todo lo que pudiera pasar hasta donde alcanzaba su vista. Siempre dispuesto con el silbato a mano para no dejar escapar unos segundos que podrían ser cruciales ante una ruptura de la normalidad en su zona.

La niebla que inundaba frecuentemente los barrios londinenses era habitual entre las gentes que, obligados a tener que calentarse del frío invernal, se abastecían de carbón que sacaban de las grandes minas que era la industria que mejor funcionaba en aquellos años. Pero el aire era casi irrespirable, por eso muchos de los ciudadanos padecían problemas de salud, porque los pulmones se iban inundando poco a poco de aquel silencioso asesino que se metía, a cada paso, en sus vías respiratorias. Los días más cargados de aquella espesa nube, Smith se cubría con una mascarilla que le daba un aspecto siniestro.

De pronto se oyó un frenazo cerca de donde se encontraba Smith y este se apresuró a doblar la esquina, para acercarse al lugar de donde escuchó aquel ruido. Al llegar encontró alguna gente arremolinada cerrando un círculo en el que, tirada en el suelo, se encontraba una mujer. Mandó separarse a los curiosos y se arrodilló para ver el estado de aquella desgraciada. El conductor que estaba entre los presentes, con unos nervios que no podía contener, se apresuró a decir:

—Agente, he sido yo el que ha atropellado a esta señora.

Smith, levantó la vista hacia aquel individuo que temblaba como un flan y haciendo un gesto para que se quedara allí, atendió a la accidentada. Pasados unos segundos la mujer parecía que recobraba el sentido que había perdido por unos instantes y trataba de incorporarse. El agente le pidió que no se moviera, porque pronto vendría una ambulancia para llevarla al hospital.

La mujer se quejaba de un dolor en la rodilla derecha, que era el lugar donde había recibido el impacto con el vehículo, pero no parecía que hubiera sido un daño importante. Al parecer el vehículo pudo frenar a tiempo, consiguiendo que el golpe con la viandante fuera lo menos grave posible. Aun así, el pobre conductor estaba temblando en la creencia de que había matado a la anciana. Cuando el policía le tranquilizó, pareció calmarse y relató cómo había sucedido aquel accidente.

La furgoneta circulaba a poca velocidad porque la niebla era muy espesa y no pudo ver como la anciana cruzaba la calzada por un lugar que no estaba señalado para hacerlo. Logró frenar a tiempo por lo que el choque fue leve. El que hablaba era un regordete individuo que se arropaba con un delantal que colgaba de su cuello y con unos manguitos algo manchados de blanco. Dijo que era panadero y que llevaba, como cada día, las hornadas hasta las tiendas que eran sus clientes. Tenía la cara desencajada y se cubría con una gorrilla que tapaba la calvicie que asomaba por uno de los laterales de su cabeza.

El nerviosismo que irradiaba todo su cuerpo se traslucía con mayor evidencia en sus manos, que no dejaba de mover, como si tuviera alguna enfermedad degenerativa. No sabía cómo indicar que él había tenido toda la prudencia posible ya que tenía la experiencia de las dificultades que suponía conducir con aquella niebla que inundaba con frecuencia la City. Era un conductor experimentado porque, dijo, que en los muchos años que llevaba conduciendo no había tenido ningún accidente contra las personas. Pero eso era algo que ya comprobaría el joven policía; de momento solo quedaba tomar nota del hecho ocurrido y pasar a la Comandancia el resultado de sus conjeturas de cómo había visto el accidente después de haberse producido.

Smith se apiadó de él y una vez que hubo tomado nota de los hechos y la documentación del conductor, le mandó que siguiera su camino, pidiéndole que, sin falta, pasara en la tarde de ese mismo día por las dependencias policiales para hacer la declaración correspondiente. Él esperaría la llegada de la ambulancia, para que atendieran a la accidentada.

Mandó despejar la zona y la gente que se había arremolinado en torno a aquella anciana, empezó a dispersarse con mucha parsimonia. Ayudo a la mujer a levantarse y apoyada en sus brazos la acompañó hasta la acera donde esperaría la llegada de los asistentes de sanidad.

Poco después se oían los sonidos de las sirenas que anunciaban que estaban llegando al lugar del accidente. Una vez que recogieron a la mujer y la introdujeron en el furgón, Smith se sintió algo más libre de la responsabilidad que suponía haber estado comprometido en un accidente que pudo ser mortal. Viendo alejarse al vehículo sanitario, respiró tranquilo y siguió su ruta como cada día. Cuando acabara su jornada pasaría por las dependencias policiales para cursar el parte de aquel accidente que había enmarañado su tranquila mañana.

Smith no se dio cuenta de que el individuo que cada día le saludaba cuando pasaba a su lado, estaba entre aquellos mirones presenciando el desenlace de aquel accidente. Al igual que el resto de los curiosos, se alejó esbozando una siniestra sonrisa.